

Pedro Henríquez Ureña y la crítica hispanoamericana

Para situar a Pedro Henríquez Ureña en la historia de la crítica literaria hispanoamericana, confrontaremos los rasgos principales de su obra con el juicio de sus contemporáneos, opiniones que, en cierto modo, se prolongan hasta la actualidad dentro de un cuadro general con tendencias muy diversas. Excluimos los problemas, corrientes y perspectivas de la actual crítica, a la cual sólo nos referiremos en relación con los juicios que le ha merecido aquella obra.

La moderna crítica literaria hispánica nace con Marcelino Menéndez Pelayo y sus antecedentes españoles se remontan, por lo menos, al siglo XVIII, sin que hasta entonces hubiera logrado un desarrollo comparable al de otros países europeos.

La modernidad puso su acento, desde la Reforma, en la crítica de la religión, la filosofía, la economía y la política, dentro del paradigma de las ciencias físicas y naturales. Pero en España se había consolidado una concepción del mundo y de la vida asentada en el dogma católico, que rechazó el protestantismo y la preparó para afrontar los asedios de la crítica naturalista y científicista que aquél implicaba. No discutiremos las consecuencias históricas de esta opción pero es innegable que la crítica cedió ante la tradición de la verdad dogmática. Los valores e intereses que se procuraba mantener incólumes, en medio de la crisis que va desde el agotamiento del siglo XVII hasta la Ilustración del siglo XVIII, eran renuentes al criticismo profundo que tuvo su modelo en Kant.

No faltó espíritu crítico en España, pero el mayor interés estuvo en la historia, como base de las investigaciones literarias, jurídicas y políticas. La crítica, pues, se volvió erudición, filología y lingüística como si el establecimiento de la verdad documental fuera el camino para superar los obstáculos del cambio social y cultural.

Sobre el tema cfr. Emilia de Zuleta, *Historia de la crítica española contemporánea*, 2 ed. Madrid, Gredos, 1974. Se carece de una historia de la crítica literaria en Hispanoamérica, aunque haya referencias a la misma en obras generales como las de Luis Alberto Sánchez, Enrique Anderson Imbert, Arturo Torres Riosco, etc. y en particular en la de Alberto Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*; El ensayo y la crítica. México, Guaramia, 1954. Hay, desde luego, muchas obras de crítica sobre autores, países y temas. Cfr. Enrique Anderson Imbert. La crítica literaria contemporánea. Buenos Aires, Gure, 1957, Apéndice, 123-136. También hemos tenido en cuenta, entre otros, algunos enfoques desde la perspectiva del desarrollo actual: José Antonio Portuondo, «Crisis de la crítica literaria hispanoamericana», en su: *El heroísmo intelectual*. México, Tezonile, 1955, 110-124; Arturo Uslar Pietri, «La muerte de la crítica» (*La Nación*, Buenos Aires, 10 sept. 1967, 1); Juan Carlos Ghiano, «La crítica de esta América» (*La Nación*, Buenos Aires, 8 sept. 1968, 1); Emir Rodríguez Monegal, «El ensayo y la crítica en la América hispánica». En: *El ensayo y la crítica literaria Iberoamericana*, Toronto, I.L.L.I. Memoria del XIV Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana, 1970, 221-227; Carlos Rincón, «Acerca de la nueva crítica latinoamericana; Posiciones y problemas» (*Eco*, Bogotá, 200, 1978, 717-752); Emilia de Zuleta, «Direcciones actuales de la crítica en

Desde Feijoo hasta Gallardo y Milá y Fontanals, discurre una vena crítica que no se puede ignorar o desdeñar. Muchos de estos autores potenciaron la tradición propia, pero otros aceptaron ideas ajenas que contribuyeron al desarrollo del pensamiento español del siglo XIX: El empirismo inglés, la estética y la ética de la Ilustración francesa y las ideas de Augusto Schlegel, difundidas por Böhl de Faber y Hartzenbusch, por ejemplo, influyeron en la nueva actitud ideológica.

Pero este canon crítico no representaba una instancia de juicio como la de otras literaturas europeas. Se aportaba una documentación más rigurosa y objetiva, se afinaban los métodos para el análisis y la crítica, pero el juicio estético no superaba la confrontación con los modelos neo-clásicos ni la polémica con el Romanticismo.

Al finalizar el siglo XIX, la crítica hispánica, en muchos aspectos, sólo era un reflejo de tendencias ajenas y aunque continuaba una tradición y contaba con figuras como Juan Valera, «Clarín» y Menéndez Pelayo, no igualaba en significación a la de otros países europeos¹.

Pero en la América hispánica, que compartió más de tres siglos dicho fundamento cultural, apenas hubo crítica literaria en el sentido moderno. Es verdad que tampoco existía en Europa, pero, ya entrado el siglo XIX, y gracias a la labor heroica y solitaria de quienes pugnaban por realizar tareas intelectuales en los comienzos de la vida independiente, se repitió el mismo panorama hispánico. No era tan fuerte el dominio de la tradición religiosa, pero a pesar de las influencias inglesas, francesas y alemanas que trataban de modificar la personalidad castiza, el neo-clasicismo que imperó hasta casi finales del siglo XIX apenas si dejó espacio para posiciones diferentes de las peninsulares.

Esta crítica del siglo XIX que podría comenzar con las observaciones que el libertador Simón Bolívar hizo al poema «La victoria de Junin» (1825), del ecuatoriano José Joaquín de Olmedo, deriva de la tradición literaria hispánica de nuestra América. Dejemos de lado la erudición literaria y la historiografía, vinculada esta última a los programas políticos y culturales de las nuevas naciones hispanoamericanas, y observemos que críticos como el venezolano Andrés Bello, el mexicano José García Icazbalceta, el argentino Juan María Gutiérrez, el chileno José Toribio Medina, el cubano Enrique Piñeyro o el colombiano Miguel Antonio Caro, que con plena conciencia asumieron aquella función, no se apartaron de las tradiciones de la lingüística, la filología y la historia hispánica.

Los valores de la cultura y el arte del Neo-clasicismo fueron consolidados por una retórica y una preceptiva, con categorías, arquetipos, reglas y maestros como Boileau y Luzán, de acuerdo con los cuales se juzgaba la obra literaria. Entre el Romanticismo literario y el Positivismo ideológi-

co, la crítica europea volvió su atención al contexto histórico, en una doble dimensión humana: individual o biografía y social, y aunque las polémicas agrietaron la ejemplaridad de los modelos, durante largo tiempo se mantuvo la seguridad de la crítica.

Mientras que América se distanciaba de la cultura hispánica, como lo propugnaban muchos hispanoamericanos desde la Emancipación, Francia ejercía su influencia a través del sistema de Comte, de las teorías de Taine y los ejemplos de Littré, Sainte Beuve, Renan, Brunetière, Guyau y Anatole France. En ese marco, también circulaban profusamente las ideas sociológicas, históricas y lingüísticas de Spencer, Buckle y Mas Müller.

En Hispanoamérica, que luchaba penosamente por organizar su vida política y cultural, la escasa crítica literaria encontró su cauce en un periodismo que padecía las mismas limitaciones y estaba a cargo, generalmente, de los mismos escritores —poetas, novelistas, ensayistas—, cuando lograban salvar esta vocación de las imperiosas exigencias políticas. Ligada a la polémica ideológica, esta crítica dependía casi totalmente de la personalidad de los críticos, ya que a través de las obras literarias se manifestaban las preferencias de lecturas y las posiciones políticas e intelectuales, mientras que los juicios críticos, por lo general, se apoyaban en las autoridades europeas más en boga.

Aunque esta aplicación de las categorías críticas más prestigiosas se hiciera sin una conciencia de las diferencias, profundas e insalvables, entre Europa e Hispanoamérica, estos críticos pudieron plantar las bases de un edificio propio. Desde la preocupación Romántica por el contexto histórico hasta el determinismo Positivista más cerrado, esta crítica postergó la consideración estética. En primer lugar, porque al igual que toda la producción intelectual hispano-americana, estaba dominada por su carácter ancilar con respecto a los programas políticos y culturales del Liberalismo organizador. Además, porque el ensayismo periodístico comportaba un subjetivismo arbitrario, ajeno a los análisis y distinciones que las disciplinas literarias sólo lograrán hacia el final del siglo XIX.

Menéndez Pelayo representó la madurez de un proceso, completado por las modernas tendencias alemanas de la historia y la crítica literaria, de la filología y la lingüística, todo lo cual, junto a la ya mencionada influencia francesa, pasó a Hispanoamérica, donde la recibieron críticos de gran personalidad, notables por su información y talento individual. Pensamos en nombres, como los ya mencionados, del venezolano Andrés Bello, de los colombianos Miguel Antonio Caro y Baldomero Sanín Cano, del argentino Juan María Gutiérrez, el uruguayo José Enrique Rodó y dos franceses, Paul Groussac y Emilio Vaïse, «Omer Emeth», incorporados a la Argentina y Chile, respectivamente; a los cuales cabría agregar dos grandes poetas:

Hispanoamérica (Cuadernos del Sur, Bahía Blanca, 16, 1983, 51-68); Alejandro Losada, *La literatura y la sociedad de América Latina*, Frankfurt, Vervuert, 1983; Ángel Rama, «La literatura en su marco antropológico» (Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, 407, Mayo 1984, 95-101); Beatriz Sarlo, «La crítica: entre la literatura y el público» (Espacios de crítica y producción, Buenos Aires, I, 1986, 6-11); Saúl Sosnowski, «Sobre la crítica de la literatura hispanoamericana; Balance y perspectiva» (Cuadernos Americanos, México, Nueva época, I, 6, 1986, 69-91); Agustín Martínez Antonini, «Problemas de la crítica literaria latinoamericana» (Cuadernos Americanos, México, Nueva época, I, 6, 1986, 92-108); Noe Jitrik, «Presentación». En su: *La vibración del presente*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987, 7-12; Rafael Gutiérrez Girardot, «Sobre la crítica y su carencia en las Españas». En su: *Hispanoamérica: Imágenes y perspectivas*. Bogotá, Temis, 1989, 34-98. Consideramos, también, algunas útiles observaciones desde la lingüística, tales como las de Yacov Malkiel, «Filología española y lingüística general» (Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas, Oxford, The Dolphin Book, 1964, 107-126); Manuel Mourelle-Lema, *La teoría lingüística en la España del siglo XIX*, Madrid, Prensa Española, 1968 y José Portoles, *Medio siglo de filología española (1896-1952)*, Madrid, Cátedra, 1986.

el cubano José Martí y el nicaragüense Rubén Darío, cuyo pensamiento no es inferior a la obra de creación.

Por lo tanto, cuando Pedro Henríquez Ureña inició su vida literaria, la crítica se reducía al ensayo y al artículo periodístico que elogiaba o condenaba a los autores y sus obras por razones personales o ideológicas. También a las noticias de lecturas y a las obras de erudición histórica y literaria. Algunos de nuestros países, por último, contaban con historias de las literaturas nacionales que aún conservan su vigencia, a pesar de la renovación de conceptos y métodos.

Henríquez Ureña se formó en los clásicos españoles, en los modernos franceses y anglo-sajones, y sobre todo en la frecuentación asidua de Menéndez Pelayo, de quien obtuvo los criterios esenciales para su concepto de la historia de las ideas y la cultura. Preocupación central que luego ajustó con la lectura del crítico danés George Morris Brandes, de gran auge hacia el 1900, cuya principal obra había sido traducida al inglés como *Main Currents in nineteenth Century Literature* (1903-1905) y pocos años después, al castellano.

Pedro Henríquez Ureña comenzó muy joven a publicar ensayos literarios en los periódicos de Cuba y Santo Domingo, material con el cual compuso su primer libro, *Ensayos críticos* (1905). Fue muy bien recibido, sobre todo por sus coetáneos en México y Cuba, pero su mayor satisfacción fue el elogio de José Enrique Rodó, una de sus admiraciones mayores, quien le manifestó que celebraba «la solidez y ecuanimidad de su criterio, la reflexiva seriedad que da el tono a su pensamiento, lo concienzudo de sus análisis y juicios, y felicísima unión del entusiasmo y la moderación reflexiva seriedad que da el tono a su pensamiento, lo concienzudo de sus análisis y juicios, la limpidez y precisión de su estilo. Me encanta esa rara y felicísima unión del entusiasmo y la moderación reflexiva que se da en Usted como en pocos»². No menos elogiosos fueron los juicios de Ricardo Jaimes Freyre, José Santos Chocano, Juan Zorrilla de San Martín y José Gil Fortoul, entre otros. Crítica encomiástica, muy a la manera de la época, pero que, salvo el caso de Rodó, no ahondaba en el análisis pormenorizado de dicho libro.

Durante sus años de estudios universitarios en México (1906-1914), Henríquez Ureña inició una crítica literaria que jerarquizaba el ensayismo y el periodismo, mediante la filosofía, la historia de la literatura y, sobre todo, el trabajo de los textos con los métodos de análisis más rigurosos. Con lo cual se colocaba a la vanguardia en Hispanoamérica, junto a su amigo y camarada de estudios, el mexicano Alfonso Reyes.

En esa época publicó un interesante ensayo de tragedia a la manera griega, *El nacimiento de Dionisos* (1909), que Rodó calificó como «lo más hermoso

² Citado por Emilio Carilla, «Pedro Henríquez Ureña; Biografía comentada» (*Revista Interamericana de Bibliografía*, Washington DC, 3, Jul-Sept. 1977, 230).